

llado dentro del cual se contenga el nombre verdadero del autor, y que acompañará á la misma composición, pliego que se incinerará sin abrir en caso de que aquélla no fuere premiada.

Bogotá, Septiembre 1.º de 1911.

El Director, R. M. CARRASQUILLA

El Secretario, D. R. de Guzmán

Monstra te esse matrem

Cantares de mi alma
 Son éstos, Madre, que á tus pies entono
 Hoy que á postrarme á tus altares vengo,
 Y que tu frente con amor coronó,
 Unico bien que en mi pobreza tengo.
 Son estas melodías
 Recuerdos cariñosos
 De mis mejores y lejanos días,
 Y acentos de los valles rumorosos
 Donde el alma te canta y te venera
 Contemplando los piélagos hermosos
 Del llano y la madura sementera.

¿ De mí ya no te acuerdas ? En los años
 De mi primera edad que huyó, ligera,
 En tu excelsa capilla,
 Niño inocente recibí en mi pecho
 Lleno de amor mi comunión primera.
 ¡ Cuánta ventura entonces !
 Aún suena y repercute en mis oídos
 El eco de los bronces ;
 Y el fulgor de los cirios encendidos,
 Y de místicas flores la fragancia
 Traen á mi corazón y á mis sentidos
 El recuerdo más dulce de la infancia.

Ajeno de la vida á los enojos,
 Sin sombra de temores ni de agravios,
 Nada encontré más dulce que tus ojos,
 Nada más pudoroso que tus labios.
 No surgiste halagüena y seductora,
 Con el brillo fugaz de la hermosura,
 Ni como fruto que el Abril enflora,
 Hay algo más en tu mirada pura
 Que al par que me fascina me enamora.

Cuando en la triste realidad me pierdo
 Y abandonado á mi pesar camino,
 A tu viejo santuario me encamino,
 A bendecir tu nombre y tu recuerdo.
 Allí con fe piadosa
 Recito las plegarias que de niño
 Mi buena madre me enseñó amorosa ;
 Allí todo es amable,
 El odio muere y el rencor se olvida,
 No es la muerte un espectro helado y triste,
 Es un trance no más á donde existe
 La fuente del amor y de la vida.
 El precioso retablo
 Donde tu imagen con fervor adoro,
 No sé qué encanto misterioso tiene,
 Porque al mirarlo, madre,
 Yo que no sé llorar, me postro y lloro.
 Y esa imagen bendita,
 La más bella de todas, la más pura
 De todas las imágenes que sueño,
 Es apenas un rastro, una pintura,
 Artístico diseño,
 Trasunto de tu angélica hermosura.

Allá en mis soledades,
 En lo más hondo de la selva tienes

Una ermita, que alegre y hermosea
 El diminuto campo de mis bienes.
 Al caer de la tarde,
 Cuando la luz crepuscular oscila
 Y el sol muriente en el ocaso aún arde,
 Se escuchan las sonoras languideces
 Con que llama la esquila
 A los devotos á elevar sus preces.
 Y en esas horas de piedad y calma
 Para el recuerdo y el amor propicias,
 El corazón y el alma
 Te ofrecen sus recónditas caricias.
 Después, la noche su crespón extiende,
 Y sola ante el santuario
 Modesta lumbre su fulgor esplende
 Por el sereno bosque solitario.

Ah ! con qué languidez, con qué ternura
 En aquel sitio ameno muere el día !
 En torno de los rústicos aleros
 Alba tropa de cisnes montañeros
 Salmodia su postrera sinfonía ;
 Se pierden los oteros,
 Se borran las colinas,
 Y en redor de la hoguera que chispea,
 Sollozan las campestres ocarinas
 Tonadas de la patria y de la aldea.
 No tiene adoradores
 El sol en las suntuosas capitales,
 Como el sencillo amor no tiene amores ;
 Allí, lloran su muerte los zagales,
 Y al beso de su luz se abren las flores.

Vagando por las éras
 Donde la mies reposa en los manojos,
 O por las amarillas sementeras,
 Me vuelvo hacia la ermita
 Como buscando tus divinos ojos.

Las flores de esos campos
 Todas son para ti, tú bien lo sabes ;
 Y el olor de la espiga que madura,
 Y el canto de las aves,
 Y el tranquilo riachuelo que murmura
 Y une su voz al flauteado coro
 Que entona vigorosa la natura
 Cuando los frutos colman el tesoro
 Que tu mano prodiga con hartura ;
 Cumplido está mi sueño y mi alegría ;
 Si el hambre llama, vaciaré mis trojes,
 Y en el dolor acudiré á postrarme
 Ante la hermosa imagen de María !

Menguados sueños de ambición mezquina
 Que reboáis en las doradas copas
 Donde el amor se atrofia y se calcina,
 Yo no quiero probaros, en el mundo
 Seré un pobre cantor enamorado
 De la rústica vida campesina !

¡ Madre ! Cuando mis párpados entorne
 Para entregarlos á la dura tierra,
 Tú que sabes de amor, tú que eres Madre
 Piadosamente mis pupilas cierra ;
 Y en ese negro instante,
 En ese pavoroso desconcierto
 Cuando trémulo, torpe y vacilante
 Llore en mi pequeñez y en mi abandono,
 Recógeme en tus brazos palpitante,
 O dime enternecida : ¡ Te perdono !

VICENTE CASAS CASTAÑEDA

(De *La Sociedad*).

